

—Veamos.

—Tú..... hé ahí toda mi vida.

Miguel sintió al rededor de su cuello los brazos de la Marquesa, pero aquello fué ver y no ver; al mismo tiempo que los sintió dejó de sentirlos, y pensando en ello, casi creyó que no los habia sentido.

Los notas del piano le advirtieron que la Marquesa estaba en el pabellon y se atrevió á subir y se atrevió á entrar..... Luisa lo recibió sentada delante del piano y cantando á media voz la magnífica frase con que Norma le dice á Polion que al fin lo tiene entre sus manos.

Dió la Marquesa rienda suelta á los prodigios de su voz, y las cuerdas, estremeciéndose bajo sus dedos, gemian, llenando el aire de dulces modulaciones.

Cuando Miguel volvió á su cuarto ya era casi de noche: llevaba una carta en la mano, y él mismo encendió luz para leerla.

Era un billete litografiado, en el cual la Marquesa lo invitaba á asistir á la fiesta que al día siguiente daba á sus amigos.

---



---

### CAPÍTULO III.

Empieza la araña á tejer de nuevo su tela.

Sorprendido el gran mundo con la noticia intempestiva de la fiesta con que la Marquesa abria de par en par sus salones despues de un mes de inexplicable clausura, se agitó disponiéndose, como ya he dicho, á desplegar todo el lujo que la novedad del caso requería.

En veinte y cuatro horas no es fácil perfeccionar *toilettes* deslumbradoras que causen sensacion y sean un día por lo ménos motivo de entusiasmo en las columnas de los periódicos; pero si no era fácil *confeccionar* en tan poco tiempo conjuntos de detalles nuevos y sorprendentes, era posible; y las modistas y los peluqueros, las doncellas y

los lacayos se pusieron desde muy temprano en movimiento.

Por completo que sea el equipaje de una bella señorita ó de una ilustre señora más ó ménos conocidas por el esplendor de su fausto, siempre falta alguna cosa, algun requisito indispensable, algun pormenor interesante, algo que la moda ó el capricho ofrece de pronto para realzar con novísimas invenciones los encantos de las mujeres, circunstancia de que no les era lícito prescindir cuando se trataba de una fiesta en la que evidentemente todo el mundo iba á echar la casa por la ventana.

Los espejos no descansaban ni un instante contestando á la interminable serie de consultas con que cada cual pretendia inquirir el secreto de una belleza irresistible para ser la primera alhaja del inventario, que al dia siguiente publicarian todos los periódicos, pasmados de tanta hermosura y de tanto fausto.

Delante de su tocador, medio dormida en los brazos de una butaca, cuyo respaldo dejaba ver su cuello largo y lánguido, entregada á las hábiles manos de sus doncellas, la

rica criolla alargaba su pié fino y pequeño, ricamente calzado, sobre el taburete de tapicería casi oculto bajo los abundantes pliegues de un lujoso peinador, que tímidamente sujeto á la cintura descendia doblándose sobre las rodillas y derramando sobre la alfombra una nube de encajes.

Alzaba de vez en cuando los ojos para contemplar la corona de rizos que sus doncellas iban trazando con graciosa coquetería al rededor de su frente pálida y tersa, que brillaba como si se reflejárán en ella las vagas claridades del crepúsculo.

No era Mercedes lo que artísticamente hablando se llama una mujer bella; pero unia á sus ojos negros, á sus mejillas redondas y á su boca fresca y desdeñosa trescientos mil duros de renta, y preciso será convenir en que formaba un conjunto capaz de encender en el corazon de cualquier hombre el fuego de un amor equivalente á tan inmensa fortuna.

Alguna vez se escapaban bajo sus párpados rayos ardientes que, semejantes á los relámpagos, desaparecian en el momento de

brillar, quedando nuevamente dormidos sus ojos indiferentes, como si el alma que detras de ellos vivia les hubiera vuelto la espalda.

Nadie habia alcanzado de ella preferencia alguna que pudiera servir de fundamento á la más frágil esperanza; para todos tenía la misma perezosa sonrisa, las mismas palabras lentamente pronunciadas, la misma glacial indiferencia.

Sobre el negro profundo de sus abundantes cabellos iban las doncellas colocando pequeños brillantes que relampagueaban al rededor de su frente como las estrellas en una noche oscura, dando al semblante de la criolla cierto aspecto fantástico que aumentaba la mórvida majestad de sus movimientos perezosos y acompasados.

Se le llamaba la niña, porque éste era el nombre que le daba su madre, y ciertamente le convenia, pues habia llegado á los veinte años cargada con todos los caprichos de la infancia.

En un saloncito contiguo al tocador de Mercedes é intermedio entre las habitaciones de la madre y de la hija, se hallaban

formando una pequeña tertulia varios amigos de la casa, que esperaban ver á la niña en todo el esplendor de su *toilette*, ántes de contemplarla en los salones de la Marquesa.

No era un gusto exquisito lo que más distinguia á la rica criolla, y hablando con verdad, no era la suprema elegancia ni el arte primoroso de adornarse y embellecerse el punto donde ella tenía puestos sus cinco sentidos, si es que los tenía puestos en alguna parte. Se dejaba vestir y adornar por sus doncellas, y pocas veces corregia ó retocaba su tocado, que no era siempre del mejor gusto; pero de todos modos, aparecia como un ángel entre nubes de seda, de encajes y de brillantes, cuya riqueza le habia conquistado entre sus admiradores el nombre de la Virgen América.

Nadie se paraba en las incorrecciones que pudiera notar en sus adornos y en su manera de alhajarse, y hasta se veia en ello cierta originalidad fastuosa, que bien se podia consentir á una renta de trescientos mil pesos anuales.

Presidia la madre la pequeña tertulia, y

la lengua de los cortesanos calculaba previamente el efecto que causaría aquella noche Mercedes en los salones de la Marquesa.

— Mire, exclamaba la señora de la casa, haciendo la digestión en los brazos de una butaca y hablando con toda la dulzura de un ingenio de azúcar: la niña es una palma que no se inclina á ningun viento..... es un alma que no vive en este mundo..... Yo se lo digo muchas veces: niña, anímese..... anímese..... Ah..... añadía con un bostezo interminable, cuando yo tenía sus años era una pólvora.

Uno de los circunstantes dijo :

— Pues, señora, me parece que le ha causado alguna sensación el viaje repentino del Duque..... ¿ Es cierto eso?

— Miren qué cosa, contestó la señora. ¿ Quién se lo ha dicho?..... porque la niña lo ha oído como quien oye llover.

— Como quien oye llover, añadió otro, parece que lo ha oído; pero á pesar de la imperturbable serenidad de la niña, es forzoso convenir en que la conducta del Duque resulta inexplicable. Ó hay que suponer, y

esto es muy natural, que Mercedes se halle enterada del motivo secreto de esa ausencia impenetrable.

Apoyó la señora sus brazos sobre los brazos de la butaca, y dijo :

— No sabe nada.

— ¿ Es posible? preguntaron á la vez algunos.

— Mire si es, añadió ella; como que la primera noticia la tuvimos en el teatro aquella noche.....

— No es una razón concluyente, advirtió el primero de los que habían hablado; pero es posible, y en tal caso es increíble, porque no se ocurre que el Duque haya desaparecido tan misteriosamente sin anuencia de la niña.

— Por mi parte, añadió la señora con un gesto de desden, hace tiempo que ese matrimonio arreglado por *los difuntos* se habría desbaratado, pero miren..... no sé qué hacer.

— Comprendemos, añadió otro, que no se decida V. á romper unas relaciones convenidas por las familias y en las que es muy natural que se halle interesado el corazón de Mercedes.

—La niña, replicó la madre, no ha dicho nunca que no; y la primera vez que vió á Javier se encogió de hombros..... ¿Quiere ser duquesa? la pregunté yo entónces; y miren qué niña tan juiciosa, todavía no me ha contestado.

—En ese caso, preguntó el más curioso ó el más impaciente, ¿por qué no se desbarata el matrimonio?

—Porque esas cosas hay que hacerlas muy despacio, contestó la señora con solemne lentitud..... Yo me he quejado algunas veces de la conducta de mi futuro yerno, pero la Marquesa ha salido al paso dejándome parada. Ya sé yo que el Duque es un calavera..... Miren si lo sé..... pero su hermana me aseguró hace un mes en una carta muy larga, que Francisca me leyó en tres veces, que el pobre muchacho estaba perdido por la niña, y queria el plazo de un año para hacerse amar de ella.

Uno de los circunstantes, que hasta entónces no habia tomado parte en la conversacion, se echó á reir, diciendo:

—Señora, el Duque es una excelente per-

sona; gastador, fastuoso, arrebatado, amigo de aventuras; yo lo quiero como un hermano, como un padre, pero es porque no tengo ni hermanas ni hijas.....

Todos los presentes inclinaron la cabeza en señal de asentimiento, y él continuó:

—Creo, no obstante, que merece, y es mucho merecer, la mano de la bella Mercedes.....

Aquí los que escuchaban no pudieron disimular un gesto de desaprobacion, pero el que hacia uso de la palabra los contuvo diciendo:

—Señores, he dicho que la merece; pero no sostengo que la alcance, porque hay hombres que llegan y no alcanzan.

—Bien, exclamaron todos.

Como se ve, el Duque no era muy simpático entre los amigos de la casa.

El orador prosiguió en estos términos:

—Mi posicion es muy difícil en este caso, porque por un lado me encuentro con una familia á quien estimo y por otro con un amigo á quien quiero; mas perdóneseme la generosidad, yo me pongo siempre de parte del más débil.

Hablaba así levantando la voz gradualmente, como impulsado por el calor de la improvisación, de manera que se oía perfectamente lo que hablaba en el tocador de Mercedes..... La madre de ésta lo escuchaba sin interrumpirlo, porque aún cuando es probable que se le hubiera ocurrido algo que decir, callaba por la sencilla razón de que para callar no se necesita hacer absolutamente nada.

—¿Quién es el más débil? preguntó uno.

—Tengo entendido, contestó, aún cuando no me atrevería nunca á poner las manos en el fuego, que la mujer es siempre la más débil; mas en el caso presente me parece fuera de duda que..... preciso es decirlo..... que la más débil es ella.

—¡Mercedes! exclamaron.

—Mercedes, repitió él.

—¡Cómo!

—Es muy sencillo.

—Veamos.

—Es una combinación de las cosas, cuya responsabilidad no se puede echar sobre nadie, y si el mismo Duque estuviera en Ma-

drid habría tenido ya algun lance por defender á su opulenta futura de murmuraciones á que él mismo está dando motivo.

—Él es un calavera, dijo uno.

—Cierto.

—Un loco, añadió otro.

—Cabal.

—No tiene piés ni cabeza, exclamó un tercero.

—Sin duda; pero todas esas circunstancias lo hacen irresponsable á los ojos del vulgo de las gentes, y la mordacidad, inquieta de suyo, va naturalmente á cebarse en la parte más inocente y más sensible.

Por el aspecto que presentaban los circunstancias notó que estaban dispuestos á oír algo más, y aprovechando la ocasión siguió diciendo:

—Aquí estamos en el seno de la confianza; yo, saben ustedes que soy un sér inofensivo, que llevo el corazón en la mano, y no quiero acostarme esta noche sin haber dicho todo lo que siento.—Y acercándose al cido de la señora, como si fuera á hablarle á media voz, le dijo en voz alta:—Rompa us-

ted inmediatamente el compromiso de ese matrimonio.

—¡Inmediatamente! exclamó sin moverse y como si no comprendiera la brevedad ejecutiva de un adverbio tan largo.

—Inmediatamente, repitieron los demas, añadiendo:

Unos:

—Sería un buen golpe.

Otros:

—De efecto seguro.

Todos:

—De gran efecto.

—¿Pero qué motivo hay para eso? preguntó la señora. ¿Qué precipitación es ésta cuando tenemos un año para pensarlo?

—Amiga mia, replicó el autor de la proposición, el Duque merece indudablemente á la niña; pero la niña no merece que el Duque la tenga en berlina..... Yo soy su amigo y lo conozco y lo confieso.

—¡Cómo, cómo es eso! preguntó la señora.

—Voy á decirlo y empiezo por una pregunta. ¿Dónde está el Duque?

—Se ignora, contestaron varios á la vez.

—Vuelvo á preguntar: ¿Qué se dice con más visos de fundamento acerca de ese viaje misterioso?

—Se dice, contestaron, que ha huido con una mujer de historia que nadie conoce.

—Pues bien, yo digo: ¿es el papel de novia burlada el que corresponde á la bella, á la rica, á la ilustre señorita de Vegahonda?

La madre de Mercedes abrió la boca, y el orador se detuvo creyendo que iba á hablar; pero despues de describir con los bordes de sus labios el círculo prolongado de un bostezo interminable, cerró la boca sin pronunciar palabra, arrellanándose en la butaca con toda la pesadumbre de un cuerpo resueltamente decidido á que no lo mueva ni un terremoto.

Luégo que se cerró el paréntesis del bostezo, el que habia quedado con la palabra en la boca la anudó de este modo:

—Yo excuso al Duque, y aunque su repentina desaparición, su prolongada ausencia y su obstinado silencio lo acusan, yo lo justifico; no creo que haya pretendido por

medio de ese desaire provocar un rompimiento para deshacerse del compromiso contraído por la familia; creo más bien que asuntos particulares, súbitos y urgentes lo han hecho salir de España, cuando ménos podía ocurrírsele emprender semejante viaje.

— En ese caso, replicó uno, siempre hay tiempo para escribir dos letras.

— No siempre, amigo mio.

— ¿Y despues?

— ¿Despues qué?

— Despues, añadió otro, ha podido escribir.

— Así parece; mas no debemos dejarnos llevar de las apariencias.

— Entónces.....

— Á eso voy; yo no quiero acriminar al Duque, porque soy su amigo, porque sé que no renunciaria fácilmente á la mano de tan bella y..... de tan rica señorita; pero soy razonable, y comprendo que todos no han de juzgar de la misma manera, y hé aquí el caso en que las miradas se vuelven hácia ella y la malicia se sonrie y la envidia muerde.

En este momento fué introducido en la

estancia un nuevo personaje, que despues de saludar respetuosamente á la señora fué dando la mano uno á uno á todos los que se hallaban presentes, con esa familiaridad con que se saluda á las personas que vemos todos los dias y con las que entablamos todo género de conversaciones.

El nuevo personaje, como todos los demas, venía rigurosamente vestido para asistir á la fiesta de la Marquesa, y su presencia causó entre los concurrentes cierta especie de admiracion, pues todos en voz más alta ó más baja exclamaron:

— ¡Hola!.....

Detras de esta interjeccion iba indudablemente un nombre, pero este nombre se quedó *in pectore*, pues ninguno llegó á pronunciarlo, por lo ménos en voz perceptible.

Á pesar de su gravedad característica, la señora de la casa experimentó igual sorpresa, y como los demas exclamó tambien:

— ¡Hola!.....

Y como si para admirarse necesitara doble admiracion que cualquiera otro, añadió:

— ¡Hola..... por aquí el buen Alejandro!

—Sí señora, dijo éste, sosteniendo la mano que la señora había dejado caer pausadamente en la suya..... Nada en el mundo podía privarme del gusto de ver á la niña al salir de su tocador en una noche como ésta, ántes de que nos la robe la admiracion de los salones, donde, como siempre, y acaso hoy más que siempre, causará sensacion verdadera.

—¿Y por qué, preguntó la señora, ha de causar eso que dice esta noche más que otra?

—Porque yo espero que Mercedes eclipsará esta noche á la Marquesa.

Realmente la Marquesa era uno de los modelos que estaban en juego; todas las que pretendian agradar, y eso naturalmente lo pretenden todas, buscaban en ella los secretos de nuevos y continuos atractivos en un lazo inesperado, en un rizo caprichoso, en un lujo inimitable ó en una sencillez mucho más difícil de imitar, sin tener en cuenta que Luisa llevaba en sí misma esa distincion, ese buen gusto, en..... perdóneme la pretenciosa mesocracia de los tiempos modernos, esa

aristocracia que imprime en la persona el rango del individuo.

Mercedes no podia competir con Luisa; la rica criolla, con trescientos mil duros de renta, que traía medio locos á los jóvenes más juiciosos de la buena sociedad, no tenía medios para oscurecer á la noble Marquesa, que con sus exquisitas originalidades había hecho entrar en razon á todos los calaveras del gran mundo, que daban vueltas al rededor de su persona, como las mariposas, más tontas que locas, dan vueltas al rededor de la primera lámpara que encuentran al paso.

Era, pues, exorbitante la pretension de que Mercedes eclipsára en aquella noche al astro esplendoroso de Luisa, que salía de la nube misteriosa de un mes de oscuridad, razon por la que apareceria más brillante que nunca.

Así es que los circunstantes, al oír las últimas palabras de Alejandro, creyeron que hablaba irónicamente; pero no era así, porque éste, paseando su mirada impávida por la concurrencia, repitió:

iii.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIV. TERIA  
"ALFONSO REYES"  
18do. 1625 MONTERREY, MEXICO

—Sí, señores; yo espero que Mercedes eclipsará esta noche á la Marquesa.

No era posible sostener lo contrario allí, en presencia de la madre, junto al tocador de la niña, que probablemente se entretendría oyendo la conversacion por distraerse de la penosa tarea de que la calzaran, la peináran y la vistieran sus hábiles doncellas.

Nadie, por consiguiente, replicó; pero hay silencios elocuentes, y uno de ellos fué el que reinó durante algunos instantes que Alejandro necesitó para ordenar sus ideas. Despues preguntó:

—¿En qué creen ustedes que consiste el triunfo de una mujer sobre otra?

Todos callaron.

—Las mujeres de genio, prosiguió, dejan que la más afortunada conquiste palmo á palmo y dedo á dedo el terreno de la admiracion, y cuando ya es, digámoslo así, dueña del mundo, le arrancan de las manos el cetro de la gloria, y resuelven la cuestion en una batalla.

—No entendemos eso, dijeron algunos.

—Es muy sencillo, replicó, y estoy segu-

ro de que hay entre los que me oyen álguien que me entiende.

No faltó quien se creyó lisonjeado por esta advertencia, y movió los hombros dando á entender que estaba al cabo de la calle.

—Pero no obstante, prosiguió, explicaré mi idea. Las mujeres superiores se desdennan de disputar esos triunfos efimeros que duran una noche y que tanto envanecen á las ambiciones vulgares; y no sacuden, digámoslo así, la pereza de su poder, hasta que se encuentran frente á frente de un adversario digno de ser vencido.... Entónces empieza una lucha grandiosa, formidable.

—¿En qué terreno? preguntó uno de los circunstantes.

—¡Oh! exclamó Alejandro, eso ya se sabe; esas batallas supremas se dan siempre en el terreno de un hombre. Pondré un ejemplo: La Marquesa ha conquistado el cetro de la moda, y ejerce por derecho propio el imperio de la admiracion; las que más la envidian son las que más la imitan, y no es fácil sustraerse al influjo de su gloria. Yo, si fuera mujer, la pediría permiso ántes de ena-